

CRITÓN Ó EL DEBER <sup>1</sup>

SÓCRATES. ¿Por qué has madrugado tanto, Critón? ¿No es aún muy temprano?

CRITÓN. Sí.

Sóc. ¿Qué hora es?

CRITÓN. Acaba de amanecer.

Sóc. Me admira que el guarda te haya dejado entrar.

CRITÓN. Me conoce, me está algún tanto obligado, y me ha visto aquí con frecuencia.

Sóc. ¿Acabas de llegar, ó hace mucho tiempo que has venido?

CRITÓN. Hace un buen rato.

Sóc. ¿Y por qué, sentándote á mi lado, me has dejado dormir?

<sup>1</sup> En este diálogo, Platón presenta á Sócrates en la prisión, donde espera la ejecución de la sentencia pronunciada contra él por el pueblo.

CRI. Hubiérame guardado bien de despertarte, Sócrates. Yo, en tu lugar, temería el desvelo de mis cuidados; y así que, desde que he entrado aquí, he admirado tu sueño tranquilo, y no he querido, despertándote, privarte del goce de tan felices momentos. En verdad, Sócrates, que desde que te conozco siempre he admirado tu carácter, pero nunca tanto como en la presente desgracia, que con tanta dulzura y tranquilidad soportas.

Sóc. Á mi edad, Critón, no sería muy razonable temer la muerte.

CRI. ¡Y cuántos de menos edad, y en semejante desgracia, se ven constantemente, y á quienes su edad no impide lamentar su desgracia!

Sóc. Es cierto; pero ¿por qué has venido tan temprano?

CRI. Para comunicarte una mala noticia, y que, por poca parte que en ella tomes, me temo que ha de abrumar de dolor á ti y á todos los parientes y amigos; la noticia, en fin, más triste y desoladora para mí.

Sóc. ¿Cuál? ¿Ha vuelto de Delos el barco cuyo regreso ha de marcar el instante de mi muerte?

CRI. Aún no; pero hoy indudablemente llegará, según dicen los que vienen de Sumnium, donde le han dejado. Por lo que dicen éstos, de-

be llegar de hoy á mañana, y mañana, Sócrates, dejarás la vida.

Sóc. Sea así en buen hora, Critón, pues que tal es la voluntad de los dioses; sin embargo, no creo que hoy llegue ese barco.

CRI. ¿Y en qué te fundas?

Sóc. Voy á decírtelo: yo no debo morir hasta el día siguiente al del regreso de ese barco.

CRI. Al menos así dicen los que han de disponer tu ejecución.

Sóc. Y el barco no llegará hasta mañana, como lo presiento fundándome en un sueño que he tenido esta noche, hace un momento; ha sido una fortuna que no me hayas despertado.

CRI. ¿Qué sueño es ese?

Sóc. Me ha parecido ver junto á mí una mujer hermosa y de buenas formas, vestida de blanco, que me llamaba y me decía: Sócrates,

Dentro de tres días estarás en la fértil Ftia.

CRI. Extraño sueño, Sócrates.

Sóc. Y que significa mucho, Critón.

CRI. Indudablemente; pero debes seguir por esta vez mis consejos y salvarte. Por mi parte, además de la desgracia de verme privado para siempre de ti, de un amigo de cuya pérdida nadie podrá consolarme, he de temer que muchos

que no nos conocen ni á ti ni á mí crean que, pudiendo salvarte con mis bienes, he preferido dejarte morir y te he abandonado. ¿Hay cosa más temible que esa reputación de más amante del dinero que de los amigos? Porque, al fin y al cabo, el pueblo no podrá convencerse de que te has negado á salir de aquí cuando á ello te he instado.

Sóc. Pero, querido Critón, ¿tanto debe preocuparnos la opinión del pueblo? ¿No basta que los más razonables, los únicos de quien debemos cuidarnos, sepan cómo han pasado las cosas?

CRI. Pero comprende, Sócrates, que es necesario tener en algo la opinión del pueblo, y tu ejemplo nos hace ver que no solamente es capaz de hacer los males más pequeños, sino también los mayores á aquellos á quienes una vez ha condenado en su concepto.

Sóc. ¡Ojalá, Critón, fuera capaz el pueblo de hacer los mayores males! También entonces sería capaz de hacer los mayores bienes, y esto sería no escasa fortuna; pero nada de esto puede hacer, porque de él no depende hacer á los hombres sabios ó insensatos; juzga y procede al azar.

CRI. Sea así, Sócrates; pero respóndeme: ¿No es lo que te impide salir de aquí el interés que te inspiramos tus amigos, temiendo que, si sales,

nos haga cargos algún delator acusándonos de haberte facilitado la fuga, y que nos hagan abandonar por eso nuestros bienes, pagar crecidas multas, ó acaso alguna cosa peor? Si tal es tu temor, Sócrates, piérdete. ¿No es justo que por salvarte arrostremos, si es necesario, los mayores peligros? Sócrates, te lo ruego: no resistas, y acepta lo que te propongo.

Sóc. Es cierto, Critón; tengo esos temores y otros muchos.

CRI. Pues tranquilízate; porque, en primer lugar, la cantidad que por dejarte salir de aquí se pide no es muy considerable. Además, conozco la ruindad de los que pudieran acusarnos y el poco dinero que se necesitaría para tapparles la boca, y mis bienes, que son los tuyos, son suficientes. Si alguna dificultad opones para aceptar mi ofrecimiento, hay aquí muchos extranjeros que ponen á tu disposición su hacienda, y Simmias de Theos solo ha traído la suma suficiente; Cebes te ofrece lo mismo, y otros muchos también. No pierdas por ese temor la ocasión de salvarte; y por lo que decías el otro día ante los jueces, de que si salías de aquí desterrado no sabrías dónde fijarte, no te detengas por eso. En cualquier parte del mundo serás querido cuando vayas. Si á Tesalia, allí tienes amigos que te honrarán como mereces y te pondrán á cubierto de todo ataque.

Además, Sócrates, al entregarte pudiendo salvarte cometes, en mi concepto, una acción injusta, trabajando por favorecer el ardiente afán de perderte que tienen tus enemigos. Haces traición á tus hijos, abandonándolos cuando debieras arbitrar los medios de sustentarlos y educarlos. Han de recaer sobre ellos todas las calamidades que siempre afligen á los pobres huérfanos. De tenerlos, debes exponerte á todos los cuidados y trabajos que su educación te impone; y, finalmente, paréceme que has adoptado el partido más cómodo, cuando debieras conducirte como hombre de corazón, y más que nadie eres culpable en ello, tú que siempre te has jactado de regir tu vida por la virtud. Sócrates, por ti y por nosotros, tus amigos, haz que no se diga que nuestra cobardía ha permitido que esto se consume; mira que han de censurarte: primero, por tu comparecencia ante el tribunal, que hubieras podido evitar; después, por la vergüenza de tu proceso, y, finalmente, y esto es de todo lo más ridículo, se nos inculpará porque, cobardes y viles, te abandonamos, porque dejamos de salvarte, y se dirá que por falta nuestra tú no te has salvado, pudiéndolo á poco que te hubiésemos ayudado. Piensa en ello, mi querido Sócrates; y en la causa del mal que te ocurra y en nuestra vergüenza, tú tendrás la mayor parte. Resuélvete pronto; ya no es

tiempo de consultar; debes tomar tu partido sin pensarlo más; la noche inmediata ha de hacerse todo; y si esperamos más, todos nuestros esfuerzos habrán sido inútiles. Créeme, Sócrates, y haz lo que te digo.

Sóc. Tu solicitud es muy laudable, mi querido Critón, si está conforme con lo que dicta la justicia; pero, al contrario, tanto más vituperable será cuanto más de ella se aleje. Ante todo, debemos examinar si debemos ó no debemos hacer lo que dices; porque ya sabes que no es de hoy mi costumbre de no rendirme á otras razones que á las que me parecen más justas después de examinarlas bien. Aunque la fortuna se declare contra mí, nunca podré abandonar las máximas que siempre he profesado; siempre me parecen las mismas, y siempre del mismo modo las aprecio. Si, pues, en esta controversia no hallamos razones más enérgicas, está en la persuasión de que no me rendiré, aun cuando todo el poder del pueblo viniese contra mí, y para asustarme me amenazase como á un niño con sufrimientos más duros que mi presente desgracia, con cadenas, con la pérdida de mi fortuna y con la muerte. Pero ¿cómo hacer este examen con equidad? Indudablemente recordando lo que hace un momento decías sobre las opiniones; á saber, si hay opiniones de que debemos preocuparnos, y otras que

debemos despreciar. ¿Acaso lo que yo he dicho no ha sido razonable sino antes de pronunciada mi sentencia, y después ha de quedar en el aire como vana conversación, y en el fondo como broma y juego de niños? Yo desco ver este asunto contigo y examinar si, en mi nueva situación, este principio me parece diferente, ó si es siempre el mismo, para determinarme á abandonarle ó á seguirle.

Si no me engaño, es verdad que han sostenido muchas veces algunos que creían decir cosas serias que, de las opiniones de los hombres, unas deben estimarse y otras no. Critón, ¿lo crees tú también? Porque, según las apariencias humanas, no estás en inmediato peligro de muerte, y es de presumir que no hay temor de peligro presente que te ofusque y te induzca á error. Piénsalo bien. ¿No crees que se ha dicho muy bien que no deben estimarse todas las opiniones de los hombres, sino algunas solamente, y no las de todos los hombres indiferentemente, sino solamente las de algunos? ¿Que dices sobre esto? ¿No lo crees exacto?

CRI. Muy exacto.

Sóc. Y entonces, ¿no deben estimarse solamente las buenas opiniones y despreciar las malas?

CRI. Sin duda.

Sóc. Y las buenas opiniones, ¿no son las de los sabios, y no son las malas las de los necios?

CRI. Otra cosa es imposible.

Sóc. Veámos cómo establecemos nuestro principio. Un hombre que se ejercita en la gimnasia, ¿atenderá al vituperio ó la alabanza del primer advenedizo, ó solamente á las del médico que dirige el gimnasio?

CRI. Indudablemente, á éste atenderá.

Sóc. Deberá, por lo tanto, temer el vituperio y apetecer solamente el aplauso de este hombre, despreciando lo que proceda de los demás.

CRI. Es indudable.

Sóc. Según esto, deberá ejercitarse en beber y comer según las órdenes de su hábil maestro, y no regirse para nada por el capricho de los demás.

CRI. Es incontestable.

Sóc. Esto queda ya convenido. Pero si al desobedecer á este maestro, y al despreciar su estimación y sus alabanzas, se deja seducir por las caricias y las alabanzas del pueblo y de los ignorantes, ¿no le sobrevendrá ningún daño?

CRI. ¿Cómo no ha de sobrevenirle?

Sóc. Pero este mal, ¿de qué naturaleza será? ¿En qué terminará? ¿Á qué parte del hombre deberá afectar?

CRI. Indudablemente á su cuerpo, que así se destruirá.

Sóc. Muy bien, y esto también queda convenido; pero ¿no pasa lo mismo con todas las cosas? Porque sobre lo justo y lo injusto, sobre lo honesto y lo deshonesto, sobre lo bueno y lo malo, que ahora van á ser el asunto de nuestra conversación, ¿habremos de atenernos más bien á la opinión del pueblo que á la de un solo hombre, si le hay tan experto y hábil que él solo nos inspire más respeto y deferencia que todo el mundo? Y si con las opiniones de este hombre no nos conformamos, ¿no es verdad que destruiríamos completamente todo aquello que en nosotros sólo por la justicia adquiere nuevas fuerzas, y sólo por la injusticia perece? ¿Ó todo esto no sirve para nada?

CRI. En esto, Sócrates, soy de tu opinión.

Sóc. Pues sigue atento: si al seguir la opinión de los ignorantes destruyésemos lo que sólo por un régimen sano se conserva, y lo que por el mal régimen se destruye, ¿podremos vivir después de la destrucción de lo primero? Y dime: ¿no es esto nuestro cuerpo?

CRI. Sí, sin duda; nuestro cuerpo.

Sóc. ¿Y puede vivirse con un cuerpo corrupto ó destruído?

CRI. Seguramente no.

Sóc. ¿Y podremos vivir después de la corrupción de lo que sólo por la justicia vive en nos-

otros y de lo que la injusticia destruye? ¿Ó juzgamos menos noble que el cuerpo esa parte de nosotros mismos, cualquiera que sea, donde residen la justicia y la injusticia?

CRI. De ninguna manera.

Sóc. ¿Y no es la más preciosa?

CRI. Mucho más.

Sóc. Luego no debemos, querido Critón, preocuparnos por lo que diga el pueblo, sino por lo que diga el único que conoce lo justo y lo injusto, y este juez único es la verdad. Por donde ves que has establecido principios falsos cuando has dicho al principio que debíamos hacer caso de la opinión del pueblo sobre lo justo, lo bueno, lo digno y sus opuestos. Acaso se me diga: el pueblo puede hacernos morir.

CRI. Así se dirá, seguramente.

Sóc. También esto es verdad; pero, amado Critón, esto no cambia la naturaleza de lo que acabamos de decir. Pero yo pregunto: ¿no está también convenido que no es tan necesario vivir como vivir bien?

CRI. Estoy completamente de acuerdo contigo.

Sóc. ¿No admites también que vivir bien no es más que vivir honesta y justamente?

CRI. Sí.

Sóc. Después de todo lo que acabas de con-

cederme, debemos examinar ante todo si es justo ó injusto salir de aquí sin permiso de los atenienses; porque, si esto es justo, debemos intentarlo; pero si es injusto, debemos abandonar la idea; porque todas las consideraciones que has alegado de bienes, reputación y familia, no son acaso consideraciones propias de ese vil populacho, que hace morir sin razón y que quisiera luego resucitar, también sin razón alguna, si esto le fuera posible? Pero lo que nosotros, según nuestro principio, debemos considerar, es si hacemos una cosa justa dando dinero y quedando agradecidos á los que de aquí nos saquen, ó si en esto ellos y nosotros cometemos alguna injusticia. Si la cometemos, no hay que razonar tanto; hay que morir aquí, ó sufrirlo todo antes que obrar injustamente.

CRI. Tienes razón, Sócrates; veamos lo que debemos hacer.

Sóc. Veámoslo, juntos, amigo mío; y si cuando hable tienes alguna objeción que hacerme, hazla para que á ella me rinda; y si no, cesa de instarme para que salga de aquí á pesar de los atenienses; te lo ruego. Seguramente me sorprendería que pudieras persuadirme de lo contrario; pero no puedo hacerlo sin estar convencido. Ve, pues, si te satisface el modo cómo voy á comenzar este examen, y trata de responder á mis pre-

guntas con toda la sinceridad que te sea posible.

CRI. Así lo haré.

Sóc. ¿Es cierto que nunca debe cometerse injusticia? ¿Es lícito hacerla en ciertas ocasiones? ¿Ó es absolutamente cierto que debe evitarse toda injusticia, como ya hace un momento lo hemos convenido? Y todas esas opiniones, en las cuales estábamos acordes, ¿se han disipado en tan poco tiempo, y sería posible que á nuestra edad, Critón, nuestras más serias controversias hubiesen sido como las de los niños, sin que de ello nos hubiésemos apercebido? ¿Ó debemos atenernos únicamente á lo que hemos dicho, de que toda injusticia es vergonzosa y funesta para el que la comete, digan lo que quieran los hombres, y sea el que se quiera el bien ó el mal que de ella resulte? ¿Está convenido así?

CRI. Así lo hemos convenido.

Sóc. Luego en manera alguna debe cometerse ninguna otra injusticia.

CRI. Sin duda que no.

Sóc. Entonces tampoco debe cometerse injusticia con los que nos las hacen, aunque ese pueblo crea que esto es lícito, puesto que tú convienes en que en manera alguna debe tal cosa hacerse.

CRI. Eso me parece.

Sóc. ¿Es lícito ó no lo es hacer mal á alguna persona?

CRI. No es justo, Sócrates.

Sóc. ¿Es justo, como el vulgo lo cree, volver mal por mal, ó es injusto?

CRI. Es muy injusto.

Sóc. ¿Es cierto que entre hacer el mal y ser injusto no hay diferencia alguna?

CRI. Lo confieso.

Sóc. Luego nunca debe cometerse injusticia ni volver mal por mal, sea lo que se quiera lo que se nos haya hecho; pero cuidado, Critón, y que al confesarme esto no procedas en contra de tu opinión, porque hay pocos que en esto estén acordes. Ahora bien: es imposible que los que no son de iguales opiniones puedan llevarse bien; porque al despreciar cada uno las opiniones del otro, suele despreciar también al que las profesa. Examina, pues, si eres de mi opinión en todo, y si admites el principio de que no debemos cometer la injusticia nunca, aun cuando seamos víctimas de ella, ni rechazar el mal por el mal. Yo, por mi parte, ni he profesado ni profesaré ningún otro. Dime, pues, si has cambiado y por qué razón; pero si sigues fiel á lo convenido, escucha lo que sigue.

CRI. Fiel sigo y pienso como tú; habla, pues, que te escucho.

Sóc. Prosigo, pues, ó, mejor, te pregunto: el hombre que ha prometido una cosa justa, ¿debe cumplirla, ó faltar á ella?

CRI. Debe cumplirla.

Sóc. Según esto, considera si al salir de aquí sin el consentimiento de los atenienses hacemos ó no hacemos mal, aun á los mismos que no lo merecen. ¿Y cumpliremos ó eludiremos el justo compromiso por nosotros contraído?

CRI. No puedo responder á lo que me preguntas, porque, á la verdad, Sócrates, no lo entiendo.

Sóc. Veamos si así lo entiendes mejor. Si llegado el momento de nuestra fuga, ó como quieras llamar á nuestra salida, las leyes de la República, presentándose á nosotros, nos dijeran: Sócrates, ¿qué vas á hacer? Llevar tu proyecto á cabo, ¿no equivale á destruir completamente, en cuanto de ti depende, las leyes de la República? ¿Crees que puede subsistir un Estado cuando en él carecen de fuerza las sentencias legales, y, lo que es más, cuando se desprecian y huellan por los particulares? ¿Qué responderíamos, Critón, á estas y parecidas inculpaciones, y á otras muchas como éstas? ¿Hay en ellas algo que no pueda decir un orador sobre la destrucción de la ley que previene el cumplimiento de las sentencias dictadas? ¿Les diremos acaso que la República ha sido injusta y no nos ha juzgado bien? ¿Es eso lo que les responderemos?

CRI. Sí, Sócrates; eso será lo que les digamos.

Sóc. Y á eso dirán las leyes: ¿No hemos convenido, Sócrates, en que te someterías al juicio de la República? Y si semejante lenguaje nos sorprendiera, acaso entonces nos dirían: «No te sorprendas, Sócrates, pero respóndenos, puesto que acostumbras á proceder por preguntas y respuestas. Dinos las quejas que tienes contra la República y contra nosotras, para que así hagamos todo lo que puedes por destruirnos. En primer lugar, á nosotras nos debes la vida, pues por nosotras se casó tu padre con la que te dió á luz. ¿Qué tienes que reprender en las leyes que sobre el matrimonio hemos establecido? — Nada, les responderé. — Y las que se refieren á la alimentación y educación de los hijos, á las cuales debes tu educación, ¿no te parece que ordenaron justamente á tu padre educarte en todos los ejercicios de la intelligenza y del cuerpo? — Muy justamente, diré. — Y después de debernos el nacimiento, la sustentación y la enseñanza, ¿te atreverás á sostener que no eres nuestro hijo y servidor, lo mismo que tus padres? Y siendo esto así, ¿crees acaso tener los mismos derechos que nosotras, de modo que te sea lícito devolvernos todo lo que tratamos de hacerte sufrir? Ese derecho que tú no puedes tener respecto de un padre, ó de un encargado, para devolverle mal por mal, injuria por injuria, y golpe por golpe, ¿pueden-

sas tenerle respecto de tu patria y en contra de tus leyes? Y si tratásemos de perderte creyendo justa tu pérdida, tú, previniéndote, ¿tratarías de perdernos y de perder á tu patria? ¿Llamarías á esto justicia, tú que haces profesión de practicar la virtud? ¿Acaso tu sabiduría te deja ignorar que la patria es más digna de respeto y veneración ante los dioses y los hombres que un padre, que una madre y que todos los parientes reunidos; que hay que honrar la patria, humillarse ante ella y obedecerla mejor que á un padre irritado; que debe convencérsela por la persuasión ú obedecer sus mandatos, y sufrir sin murmurar todo lo por ella ordenado? Si ella quiere que seas azotado con varas ó cargado de cadenas; si quiere que vayas á la guerra para en ella verter toda tu sangre, debes partir sin vacilar, porque tal es tu deber; y no debes desobedecer, ni huir, ni abandonar tu puesto, y en el ejército, y ante los jueces, y en todas partes obedecer á la patria ó usar con ella de persuasión, como se debe; porque si es impío hacer violencia al padre ó á la madre, lo es mucho más hacérsela á la patria.» ¿Qué responderemos á esto, Critón? ¿Reconoceremos acaso la verdad de lo que dicen las leyes?

CRI. No es posible otra cosa.

Sóc. «Ya ves, Sócrates, continuarían diciendo las leyes, que, si tenemos razón, lo que inten-

tas contra nosotras es injusto. Nosotras te he-  
 mos dejado nacer, te hemos sustentado, te hemos edu-  
 cado, y, finalmente, á ti, como á todos los demás  
 ciudadanos, te hemos hecho todo el bien que he-  
 mos podido. Sin embargo, no dejamos de publi-  
 car que todos los particulares que lo deseen, des-  
 pués de examinar la ley y las costumbres de la  
 República, si éstas no les placen, pueden reti-  
 rarse donde quieran y llevar todos sus bienes; y  
 si alguno de vosotros, no pudiendo acostumbrar-  
 se á nuestras fórmulas, quiere trasladarse á una  
 colonia ó ir á habitar en cualquier otra parte,  
 ninguna de nosotras se opone á ello, y puede  
 marchar con toda su fortuna y establecerse don-  
 de mejor le plazca. Pero si alguno permanece  
 aquí después de considerar bien nuestro modo  
 de administrar justicia, y la policía que en la Re-  
 pública hacemos observar, está obligado á obe-  
 decernos en todo cuanto le ordenemos; y si des-  
 obedece, sostenemos que es de tres modos injus-  
 to: porque desobedece á las que le dejaron na-  
 cer; porque atropella á las que le amamantaron  
 y alimentaron, y porque, después de obligarse á  
 obedecernos, viola la fe jurada y no se toma el  
 trabajo de convencernos, si se le ocurre que hay  
 en nosotras algo que sea injusto. Y aunque nos-  
 otras no hacemos más que proponer las cosas,  
 sin usar de la violencia para hacernos obedecer,

y aunque le dejamos que elija entre presentarnos  
 sus objeciones ú obedecernos, él no hace ni lo  
 uno ni lo otro. Hé aquí, Sócrates, las inculpacio-  
 nes que habrás merecido si haces lo que has pro-  
 yectado, y tú serás mucho más culpable que nin-  
 gún otro ciudadano.» Y si les preguntase la razón,  
 me harían callar diciéndome que más que ningún  
 otro me he sometido á sus condiciones. «Tene-  
 mos, me dirían, grandes pruebas de que nosotras  
 y la República te hemos agradado siempre, por-  
 que has permanecido en la ciudad más que nin-  
 gún ateniense, y no ha habido espectáculo que  
 te haya hecho abandonarla y salir de ella, ex-  
 cepto una vez que fuiste al istmo de Corinto á  
 ver los juegos. Jamás has salido sino para expe-  
 diciones militares, y nunca has emprendido viaje  
 alguno, como todos los ciudadanos suelen hacer-  
 lo; tú no has tenido curiosidad por ver otras ciu-  
 dades y conocer otras leyes; tú nos amabas tan-  
 to, y tan resuelto estabas á vivir á nuestro modo,  
 que has tenido aquí tus hijos, testimonios vivien-  
 tes de cuánto esto te agradaba; finalmente, mien-  
 tras tu proceso podías condenarte al destierro si  
 lo hubieras querido, y entonces hacer, con asen-  
 timiento de la República, lo que has debido ha-  
 cer luego á pesar suyo. Tú, que te preciabas de  
 indiferente ante la muerte, y que pretendías que  
 era preferible al destierro, ahora, olvidando tan

UNIVERSIDAD DE CHILE 1904  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1425 MONTEPEY, CHILE

hermosas palabras, sin respetarlas, pues las quieres destruir, haces lo que haría el más vil esclavo, y tratas de salvarte infringiendo el pacto que te obliga á vivir según nuestras reglas. Respóndenos, pues, como buen ciudadano: ¿decimos la verdad cuando sostenemos que te has sometido á este tratado, no por palabras, sino efectiva é incondicionalmente? ¿Qué diremos á esto, y qué podremos hacer sino confesarlo?

CRÍ. Así deberemos hacerlo, Sócrates.

Sóc. «¿Y qué es lo que haces, proseguirían, sino violar este pacto y todas sus condiciones? Este pacto no le has contraído ni por la fuerza, ni por sorpresa, ni precipitadamente, sin pensarlo, sino que han pasado setenta años, durante los cuales hubieras podido retirarte si no te satisficiésemos, y si las condiciones que te hemos propuesto no te parecían justas. Si no preferiste Lacedemonia, ni Creta, cuyas leyes alababas continuamente, ni ninguna de las otras ciudades de la Grecia y de los países extranjeros, menos has salido de Atenas que los cojos, los ciegos y los inválidos, prueba invencible de que te agrada, y nosotras, por consiguiente, te agradamos más que á ningún ateniense, porque sin leyes no hay ciudad alguna que agrade. ¿Y hoy no quieres ser fiel á lo tratado? Pero si has de creernos, Sócrates, lo respetarás y no te expondrás á la pública

irrisión saliendo de Atenas; porque reflexiona un poco y verás qué bienes redundan para ti y para tus amigos de persistir en el designio de eludir nuestras órdenes. Tus amigos se verán ineludiblemente en peligro, ya de verse desterrados de su patria, ya de perder sus bienes, y tú, si te retiras á alguna ciudad inmediata como Thebas ó Megara, como en ellas hay buen régimen, pasarás por un enemigo, porque todos los que amen su patria te mirarán con desconfianza, como á un corruptor de las leyes. Así convencerás á todos en la buena opinión que tienen del juicio pronunciado contra ti; porque todo corruptor de las leyes pasará con mayor facilidad por corruptor de la juventud y del pueblo ignorante. ¿Evitarás acaso esas ciudades bien gobernadas y la sociedad de esos hombres justos? ¿Y qué gozarás viviendo así? ¿Acaso tendrás la osadía de acercarte á ellas y decirlas, como lo haces, que la virtud, la justicia, las leyes y las costumbres deben siempre estar en la universal veneración de los hombres? ¿No te parecería esto el colmo de la vergüenza? No puedes negarlo, Sócrates. Saldrías inmediatamente de esas ciudades bien regidas y marcharías á Thesalia, con los amigos de Critón. Allí hay menos orden y más licencias, y allí, sin duda, gozarán oyéndote referir el modo como saliste de esta prisión vestido de harapos

ó cubierto con una piel, ó disfrazado de cualquier otro modo, como suelen hacerlo todos los fugitivos. No faltará acaso alguno que te diga: Ved ahí un anciano que, no teniendo ya tiempo para vivir, tan grande pasión tuvo por la vida que no vaciló por conservarla en atropellar las más sacrosantas leyes. Acaso no se encuentre si á nadie molestas; pero apenas haya contra tí la menor queja, oirás otras mil cosas indignas de tí, vivirás siendo esclavo y víctima de los demás hombres; porque ¿qué has de hacer? ¿No te ocuparás en Thesalia sino en perpetuos festines, como si sólo la gula te hubiese llevado allá? ¿Y dónde estarán entonces aquellos hermosos discursos sobre la justicia y la virtud? ¿Acaso quieres conservarte para tus hijos, á fin de mantenerlos y educarlos? ¿Y los educarás en Thesalia, y por hacerlos bien los harás extranjeros de su patria? ¿Ó es que no quieres llevarlos contigo? Y entonces, ¿crees que, estando tú ausente de Atenas, serán mejor educados que viviendo tú? Pero indudablemente tus amigos los cuidarán; y ese cuidado de tus amigos, ¿no será igual después de tu muerte? Convéncete de que los que te llaman amigo te servirán lo mismo, si es que verdaderamente puedes contar con ellos. Finalmente, Sócrates, ríndete á nuestras razones, sigue los consejos de las que te han conservado

hasta aquí, y no te cuides tanto de tus hijos, de tu vida, ni de otra cosa que la justicia. Cuando llegues al infierno, tendrás con qué defenderte ante los jueces; porque no te forjes ilusiones: si haces lo que te has propuesto, faltarás á las leyes y no harás que tu causa, ni la de los tuyos, sea mejor, ni más justa, ni más santa, en vida ni en muerte. Si mueres, serás víctima de la injusticia, no de las leyes, sino de los hombres; y si de aquí sales vergonzosamente, volviendo injusticia por injusticia, y mal por mal, faltarás al pacto que con nosotras te obliga y perjudicarás á muchos que de tí no debían esperarlo, á ti mismo, á nosotras, á tus amigos y á tu patria. Siempre, mientras vivas, seremos tus enemigas irreconciliables; y cuando hayas muerto, nuestras hermanas, las leyes que hay en el infierno no te recibirán, <sup>os</sup> sin duda, con gran favor, sabiendo que has hecho todos los esfuerzos imaginables por destruirnos. No sigas, pues, los consejos de Critón, sino los nuestros.»

Paréceme, amado Critón, oir estas palabras como los coribantes oían las flautas; y el sonido de esas palabras hiere con tanta fuerza mis oídos, que me impide escuchar ningún otro discurso.

Hé aquí las opiniones que ahora me dominan, y todo lo que pudieras decirme para apartarme de

ellas sería completamente inútil. Sin embargo, habla, si crees poder conseguirlo.

CRI. Nada tengo que decir, Sócrates.

Sóc. Entonces quedémonos, amado Critón, y sigamos el camino por donde Dios nos conduce.

FIN DE CRITÓN

## PHEURO Ó DE LA BELLEZA

### SÓCRATES Y PHEURO

Sóc. ¿Adónde vas y de dónde vienes, querido Pheuro?

PHE. Vengo, Sócrates, de la casa de Lysias, hijo de Cephalo, y voy á pasearme junto á las murallas, porque he pasado en su casa sentado toda la mañana; y por seguir el precepto de Acumenos, nuestro común amigo, me paseo por los caminos, lo que me parece más sano que pasearse bajo los pórticos.

Sóc. Tienes razón, amigo mío. Pero, á lo que parece, Lysias está en la ciudad.

PHE. Sí, en la Morychia, en la casa de Epicrato, junto al templo de Júpiter Olímpico.

Sóc. ¿Y en qué os entreteníais? ¿Acaso Hipias te regalaba con discursos?

PHE. Lo sabrás si te tomas la molestia de acompañarme y oírme.